

**HISTORIA OCULTA DE LA
CONQUISTA DE
AMÉRICA**

Gabriel Sánchez Sorondo



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Historia oculta de la Conquista de América
Autor: Gabriel Sanchez Sorondo

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman
Diseño de interiores y maquetación: Ana Laura Oliveira
Ilustraciones: Delfina Gálvez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-601-8

A Delfina, mi mujer, por ayudarme tanto en este libro.

*A Fernando, mi padre, por haberme transmitido
el oficio de la escritura.*

*A Carmen, mi madre, por contagiarme la música,
que habita en la palabra escrita.*

A Rai, mi hijo; porque sí.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1. LOS CONQUISTADORES	17
Homicidas y desesperados	21
La mujer conquistadora y la mujer conquistada	27
Las pestes y sus efectos de destrucción masiva	32
Armas y poderes de los dioses blancos	35
La “empresa” de Conquista	41
CAPÍTULO 2. EL JUGADOR CORTÉS	47
Mundo nuevo, vida nueva	52
Quemar las naves y amar a Malinche	58
Moctezuma y el extremeño	63
¿Quién desata el desastre?	71

Muerte de Moctezuma	75
La “Noche Triste y la viruela.....	80
La recuperación	84
 CAPÍTULO 3. PIZZARO ENTRE EL ORO	 89
La conquista del Perú: del corral al Imperio	92
Atahualpa y Pizarro	96
El secuestro de un monarca	100
¡A las armas...!	102
Atahualpa preso	105
Muerte del Marqués Gobernador	108
 CAPÍTULO 4. EL PUÑO DE DIOS	 115
El lento emerger de la demencia	118
La primera furia revolucionaria de América	124
La muerte de la locura	130
 CAPÍTULO 5. PEDRARIAS, EL DURO	 133
El restaurador sin ley	137
Amores perros	139
¿Un linaje infrecuente?	144
 CAPÍTULO 6. MENDOZA: EN CARNE PROPIA	 149
La indómita cuenta del Plata y sus posibles milagros	151
El impacable rostro del hambre	154
La carne es débil	158
La relación con los carios	164

Sífilis a bordo: polémica y final de un conquistador enfermo desde Europa	168
CAPÍTULO 7. CABEZA DE VACA, ESPÍRITU DE LEÓN	173
De Narváez: el gobernador efímero	174
Las señales de un comienzo accidentado	178
Los chamanes blancos	183
Peatones del Apocalipsis	187
Paraguay o el “paraíso mahometano”	192
El regreso del destierro	195
CAPÍTULO 8. ORELLANA Y LAS AMAZONAS	201
El país de la canela y el motín	204
El río más caudaloso del mundo	210
Amazonas: el terror es mujer	213
Epílogo de un valiente aventurero sin suerte	220
CAPÍTULO 9. EL MUNDO INDÍGENA	225
Necrofilia, sodomía y canibalismo	227
Lectoescritura amerindia	231
La mandioca: una respuesta posible al misterio de la nutrición ..	235
El misterio de la pirámide que trina	239
El nombre de América	241
CONCLUSIONES	245
BIBLIOGRAFÍA	249

Introducción

Para comprender en qué primer escenario mental del individuo europeo se da la voluptuosa u hostil América, hay que ponerse en la piel de un tipo de hombre específico: el conquistador español. Dicha figura tiende progresivamente a recibir un tratamiento más profundo desde distintos ángulos y propuestas. Mucha y excelente literatura le dedica sus páginas, además, claro está, de la historiografía profesionalizada.

En cuanto a figuras puntuales, Colón, Álvaro Núñez, Magallanes, Pizarro, son objeto de biografías y ficciones históricas de distinto color. Del mismo modo, la ciencia encuentra y la literatura recoge tramos de este capítulo de la humanidad para llevarlos al cine, al teatro, al arte en sus múltiples soportes y lenguajes.

Las condiciones comprobadas del viaje a través del océano Atlántico en barcos que iban superpoblados a poblar lo descono-

cido, privaciones y necesidades, documentación secreta o archivada en el olvido, son elementos que hoy cobran vida y se suman al panóptico de la observación a partir de enfoques interdisciplinarios.

En conjunto, la relación cultural simbiótica del conquistador con el nativo suma, a la luz de recientes repasos, un material apasionante y revelador.

Estudios recientes ponen en relieve temas que tienden a cobrar mayor importancia a la asignada hasta no hace mucho por la historia tradicional. ¿Qué alcance real, tuvieron –por ejemplo– la viruela y el sarampión en las campañas de Cortés y Pizarro? ¿Las pestes definieron la historia de la conquista?

Cuestiones de alto voltaje se suman a la polémica desde otro enfoque: ¿cómo incidió la cuestión del canibalismo? ¿La ingesta de humanos (de compatriotas occidentales) perjudicó o favoreció la imagen del conquistador español ante el indio?

El tema de la alimentación, dicho sea de paso, no es menor: ¿cómo lograron mayas y aztecas proveerse de alimentos para abastecer una densidad de población que superaba ampliamente sus recursos agrícolas?

Literatura y ensayística, por igual, marcan el camino de la interrogación. La ventaja en este caso: un archivo riquísimo, de primerísima mano, en la palabra escrita de testigos presenciales. A partir de cronistas como Antonio Pigafetta (vívido relator de la primera vuelta al mundo, iniciada por Magallanes y culminada por Elcano), Álvaro Núñez (México y sur de los actuales Estados Unidos), Ulrico Schmidl (Río de la Plata), Pedro Cieza de León (Perú), Bernal Díaz del Castillo (México, Panamá) y el propio Hernán Cortés, en sus cartas de la Conquista de México, el repaso, la reconstrucción y la investigación se hacen fascinantes.

La variedad y cantidad de cronistas resultó clave en la elaboración de estas páginas y por la misma razón no podemos omitir aun más nombres de los muchos que aportaron a este volumen.

Entonces también debemos hablar del mismísimo Cristóbal Colón, su hijo Hernando, y de Américo Vesputio.

Esa portentosa galería de narradores incluye ejemplos distintos y curiosos. Como el de “el Inca” Garcilaso, quien sin haber sido en rigor un protagonista de la conquista, está cronológicamente cerca de los hechos y resulta en sí mismo un verdadero fruto de la unión entre dos mundos (más precisamente, el del inca y el español). Encontramos también paradojas de la creatividad, como en Francisco López de Gómara (capellán y biógrafo de Cortés) destacado por su puntillosa narración y recopilación documental de la conquista española de México, pese a no cruzar jamás el Atlántico.

Qué decir, finalmente, del inefable Bartolomé de las Casas y su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Aquella obra polémica y descarnada por cuyas páginas se dio origen a la Junta de Valladolid, y paralelamente a la llamada “Leyenda negra” que se divulgaría por toda Europa como propaganda antiespañola.

Sobran las fuentes. Allí están, aunque a veces parcialmente ocultas, las incontables capas que se superpusieron entre descubrimiento y conquista. Misterios y traiciones. Sacrificios y renunciaciones. Desatinos y aciertos. Héroe anónimo y cobardes popularizados. Hombres, espacios, desastres naturales, plagas, milagrosas coincidencias... mucho más de lo que se nos muestra en el relato oficial ha incidido en la historia. Solo hace falta relacionar, re-hilvanar; lanzarse a la aventura mental que nuestros antepasados alguna vez acometieron con cuerpo y alma.

Cabe, finalmente, una aclaración fundamental. Este libro no supone un conjunto de biografías, ni de las campañas que emprendieron los conquistadores cuyos nombres titulan los respectivos capítulos. Lo que procuramos al abordar la “Conquista oculta” es tomar fracciones, recortes de vida, de expediciones, de momentos que, dada su intensidad, consideramos descriptivos de la gran odisea conquistadora. No se busque pues, una estricta linealidad

cronológica ni el detalle específico de los hechos que puede encontrar el lector, en cambio, en gran parte de la bibliografía aportada como referencia.

Repasar, repreguntar y reformular la incógnita, el misterio, la duda, incentivando nuevas búsquedas: esos fueron nuestros objetivos en la preparación de estas páginas: un encuentro, una cita convocada por la fascinación compartida.

Capítulo I

Los conquistadores

*Las Indias son refugio y amparo de los desesperados de España,
iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas,
pala y cubierta de los jugadores.*

Miguel de Cervantes

A caso el Manco de Lepanto abrigase –tal como señalan algunos críticos– cierto resentimiento al escribir sobre las Indias. A ellas aspiró, infructuosamente, mientras quiso ser designado funcionario colonial, sin obtener nunca el visto bueno de la corona.

Concedámosle parcialmente que quizás “Las Indias” fueron en efecto, un refugio, pero no solo eso. También otorgaron horizonte a miles de hombres que buscaban un destino con mayúsculas.

En los siglos XVI y XVII, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, una nueva categoría irrumpe y redefine a lo humano. Pues al mismo tiempo que Occidente toma conocimiento del hombre nativo de América, emerge con caracterología propia otro hombre: el descubridor europeo; el conquistador.



Allegoría de Cristóbal Colon y el descubrimiento de América,
por Teodoro Bry, 1594.

La figura del conquistador presenta contraluces muy particulares. En cuanto “adelantado” no es un mero invasor, ni un corsario, ni un colono aunque lo apañe la Corona. Es, sí, un guerrero, pero además de conquistar debe “convertir”: operar en el alma del salvaje, evangelizar. Así, la mística hispánica, comprometida con la fe cristiana, genera una complejidad operativa más allá del oro, del estandarte o del exclusivo beneficio personal.

En cuanto a los intereses más íntimos del conquistador llano, este viene de una Europa signada por la sociedad estamental. En ella, las posibilidades de los individuos para modificar la situación social en la cual habían nacido eran, en tierra natal, mínimas. La búsqueda de ascenso existía en versiones diferentes: un hidalgo acomodado, un clérigo o un simple ex convicto capaz de empuñar

la espada, podían estar buscando, en definitiva, algo parecido: los hermanaba un deseo y un riesgo.

La clase alta o dirigente, salvo excepciones, no se embarcó hacia América. La mayoría de los oficiales eran “hidalgos”. Categoría que merece ser etimológicamente repasada. Como bien subrayan hoy los análisis de este término, la palabra viene de “hijosdalgo = “hijos-de-algo” y remite a personas “sin apellido de cristiano viejo”, aspirantes a la oportunidad de, algún día, penetrar en la nobleza. Corría por la época una copla anónima que ironizaba: “Es el don de aquel hidalgo como el don del algodón: que no se puede ser Don sin primero tener algo”.

Entre los ibéricos embarcados abundaban pues hidalgos mercaderes, hidalgos liberales de la época –algunos de ellos, cronistas– y oficiales reales.

El debate acerca de la dosis de alcurnia peninsular que recibió América en el siglo XVI aún desvela a quienes se consideran descendientes de tal o cual blasón. Pero si nos atenemos a los documentos concretos, la suma entre miembros de la alta y baja nobleza llegada al Nuevo Mundo en este período oscila entre el 5% y el 6%. El resto se completa con soldados, labriegos, campesinos, artesanos, burócratas y clérigos.

Para aquellos escasos nobles que viajaban, frecuentemente el atractivo de América consistía en sacarle lustre a su ajado escudo, sumando a su apellido una posesión, un cargo, un rango militar obtenido en el mérito de la campaña. Ese aliciente, sin duda “afinó” el nivel social de las flotas. En dicho grupo se encontraban, por ejemplo, Vasco Núñez de Balboa, Diego de Nicuesa, el propio Hernán Cortés y Álvar Núñez Cabeza de Vaca, entre otros.

¿De qué regiones españolas venían los respectivos exploradores? Surge del *Catálogo de pasajeros* (Archivo General de Indias) que la conformación de las flotas españolas registraba mayoría andaluza, con un 36 %. Luego seguían los castellanos, con un 28%.

Y finalmente los extremeños (entre quienes se contaban los de clases sociales inferiores, como los hermanos Pizarro), con un 14%. Claro que la pertenencia geográfica no era determinante de un nivel socio-cultural, pero sí un indicio. En ese marco, junto con la milicia regular y el clero –canales habituales del ascenso social en la época–, el del expedicionario al Nuevo Mundo resultaría un camino alternativo para ascender en la España del siglo XVI.

En cuanto al nivel de instrucción cultural, salvo excepciones (Álvar Núñez, Cortés, y unos pocos jefes) los expedicionarios no eran gente “ilustrada”. Pero recordemos que la lectoescritura –tomada como canal de acceso a “la cultura” en sentido básico– era privativa de muy pocos en el siglo XVI.

La educación era un fenómeno eminentemente urbano, y solo aprendían a leer aquellos cuya ocupación lo exigía: miembros del clero o la nobleza, funcionarios, mercaderes, abogados. Incluso las clases altas carecían de cultura. El libro era un objeto infrecuente, además de inaccesible. La imprenta acababa de inventarse y el número de ejemplares que circulaba entre la población europea sin estricta vinculación con las letras era mínimo.

España, sin embargo, era una de las potencias europeas que mayor honra había hecho de la palabra escrita. Su empeño (incluso excedido) en la redacción de leyes y reglamentos específicos, como los de Indias, tendía a generar una industria documental y comercial en sí misma. En ese marco, las crónicas de los adelantados españoles son un género excepcional, de alto valor, que además coincide e interactúa con una tendencia sociocultural de la época.

Resulta impresionante, por ejemplo, considerar que un navegante, además de astillero y soldado tuviera la capacidad escritural de un Ulrico Schmidl, Fray Bartolomé de las Casas, Antonio Pigafetta, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Pedro Cieza de León o Garcilaso de la Vega, voces inmensas pertenecientes a hombres

de acción. Esta característica es notable en la conquista hispánica. Y gracias a ella, la historia pudo ser examinada con lujo de detalles.

Como futuros indianos, abuelos y tatarabuelos de criollos –de criollos que un día devendrán revolucionarios– los conquistadores son un desprendimiento cultural de la mismísima monarquía esclerosada, y su necesidad de estirarse, de delegar jurisdicciones, hasta de asumir, incluso, la falta de control central que esto implica.

Habita un espíritu independentista en el adelantado español, aun sin que él mismo lo sepa. En ciertos casos, ese deseo explota descontrolado. Lope de Aguirre, por ejemplo, y su viaje sin regreso, es un paradigma de esta pulsión irrefrenable.

HOMICIDAS Y DESESPERADOS

Las motivaciones para salir de España no se limitaban a un único afán de ascenso social o “huída hacia delante”, como el caso de aquellos que tenían cuentas pendientes con la Justicia. En algunos, el objetivo aparente se redefinía en otras apetencias menos claras. Y lo hacía en las más opuestas direcciones. Pues hubo quien quiso volver a toda costa, aterrado por una dimensión que lo aterraba, lo hastiaba o enloquecía. Y hubo, también, quien deseó profundamente quedarse, a cualquier precio, en aquella tierra “virgen” que el propio Colón llegó a definir como “paraíso”.

La búsqueda de la Fuente de la Eterna Juventud o del mítico Dorado, podrían suponerse desde este punto de vista excusas modulares que se intercambiaban en la fantasía ansiosa del expedicionario.

El adelantado navega con obstinación en pos de un destino. Transpira entre inhóspitos pantanos, arrastra, acorazado, sus estandartes y pendones por tierra firme en expediciones agotadoras,

frecuentemente inciertas. Construye fuertes. Va y viene dando misas, fundando, prometiendo, informando al rey. A veces ocultando presentimientos. Conjetura íntimamente. En fin... es un ser laberíntico. Busca la cima, la desmesura del poder y la gloria. No se conforma con una ración temporal como el pirata o el corsario (esencialmente nómadas). Pero tampoco es un granjero, un *farmer* que solo quiere establecer granja, ganado y familia.

El adelantazgo, en efecto, es una figura compleja. Implica la concepción de un dominio previamente asignado por el rey, pero aun ajeno en la práctica. Supone luego ejercer la apropiación de un territorio al estilo medieval, con todo lo vivo que allí habite, pero también con el sometimiento de terceros a partir de una creencia y una razón cristiana, absoluta, irrenunciablemente ligada al poder monárquico.

La conquista aprehende tierras, animales, hombres. Y no necesariamente esclavos para su venta. La hispanidad conquistadora supone la apropiación de vidas con sus respectivas almas multiplicadas en la fe, en la obediencia, en la sumisión. Al menos, así es esto en el plano de la intención teórica.

Alguna vez, con voluntad didáctica y expresiva se ha comparado a los adelantados españoles con los astronautas del siglo XX. Cabe parcialmente la analogía: ambos se exponían a un medio, a una distancia, a un viaje con pocas o nulas certezas empíricas, desde un fuerte respaldo teórico. Una variable esencial marca la diferencia entre ambas clases de aventurero.

El astronauta lanzado al espacio es el mejor de los mejores, el más sano, el más entrenado. Quien viaja al espacio conjuga la escrupulosidad de un científico con la destreza del hombre pleno, en el cenit de sus facultades mentales, físicas y psíquicas. Basta, para confirmarlo, informarse sobre la capacitación que reciben en la NASA los futuros tripulantes.

El hombre que se lanzaba a la mar, a tierras desconocidas a través de océanos imprecisos, era un gran improvisador. Apenas, en el caso de ciertos oficiales, o de sus inmediatos, cabía una cierta preparación específica relativa a la conquista como “misión” propiamente dicha.

Estos viajes, en naves que promediaban 25 metros de eslora y solían superar la centena de miembros (dependiendo del tipo de embarcación), soltaban amarras expuestas a la furia climática, a mapas inconclusos, a creencias primitivas; no se parecen a “misiones” en el sentido estricto del término actual.

Otro factor importante para dimensionar respecto de lo anterior es, por ejemplo, la edad de los tripulantes. Si bien entre los capitanes y primeros oficiales había muchos jóvenes, no se extendía esta condición de lozanía y plenitud física al resto de la tropa. Los contingentes que integraron las empresas de conquista estaban constituidos por individuos cuyas edades fluctuaban entre los 30 y los 45 años. Eran, en realidad, personas ya maduras en una época en la cual se consideraba que alguien mayor de 40 años palpitaba su vejez. Tengamos en cuenta que la expectativa de vida en el siglo XVI arañaba las seis décadas promedio para un varón sano.

Aquellos bergantines, carabelas y galeones, arrojados al Atlántico iban desprevenidos ante enfermedades nuevas, hambre, hostilidades con los nativos, y el miedo mismo que emerge ante lo inesperado, minimizando defensas físicas y psíquicas.

En conjunto, si examinamos los datos y evaluamos estos contingentes, sus empresas parecen desafíos insensatos. Pero el conquistador asume una noción de providencia que lo impulsa. Esa predestinación que asume como portador del único y verdadero credo, lo protege más que su pesada caparazón metálica. Lo incentivan, además, las codiciadas “mercedes reales” que otorgará la Corona en reconocimiento a las acciones propias de un “Espíritu Caballeresco.”

América se presenta en un mundo cambiante e incide con protagonismo poderoso en la evolución de Europa. Se discute la forma del mundo, la dimensión planetaria y también la dimensión humana. En dicho marco, estos hombres criados entre el medioevo y el renacimiento, precipitados a la inmensidad oceánica, llenos de sueños y fiereza, desde el trópico de Cáncer hasta Tierra del Fuego, protagonizaron aquel período tormentoso de “Conquista” que técnicamente comienza a fines del siglo XV y se extiende hasta mediados del XVI, cuando la creación de las capitanías y los virreinos tiende a dispersar los poderes en conflictos internos. Entonces, la corona decidió consignar el nombre de “Pacificación” a la siguiente etapa. Aunque no era, en el fondo, una pacificación con los indios, sino con sus propios estamentos reales.

Lesley Bird Simpson, refiriéndose al Caribe, asegura que los hombres llegados a La Española en los primeros diez años:

...eran la más escogida colección de gentuza que nunca se juntó: ex soldados, nobles arruinados, aventureros, criminales y convictos. El que hubiera algunos hombres de ideas elevadas entre ellos no altera apreciablemente el panorama general, y su presencia, en cualquier caso, es solo una conjetura.¹

Las afirmaciones de Simpson –y las de otros historiadores algo extremistas– son evidentemente parciales. Si nos remitimos, por ejemplo, al reclutamiento de las tropas a embarcar, encontramos situaciones significativas, como aquellos casos en los cuales las “huestes” se componían de un pueblo completo, autoconvocado para viajar, organizándose en una auténtica migración vecinal. A veces barriadas completas de una misma comarca o provincia llenaban un galeón o una carabela. En esas oportunidades los integrantes solían estar casi todos emparentados de un modo u otro. Era frecuente, también, que en dichos casos, la

¹Simpson, Lesley B.: *Los conquistadores y el indio americano* (ver bibliografía).

Mapa ilustrativo en el que puede apreciarse la localización exacta de los virreinos y las capitanías. Este modo de organización territorial y política no solo permitía la administración comercial de la región, sino que también contribuía a la mejor defensa de la misma.



convocatoria se noticiara en los pueblos a son de tambor, mientras que los aspirantes podían inscribirse en la casa de un caudillo zonal.

Lo formal e informal se rozaban constantemente en la disposición de las flotas expedicionarias. Regían condiciones oficiales que la Corona imponía a sus súbditos para embarcarse a América: por orden de la casa de contratación estaban inhibidos ciertos grupos étnicos o religiosos, como gitanos, moros o judíos, pero también algunos profesionales de ramos específicos. Tal es el caso de los abogados, a los cuales algunos asesores reales defenestraban con particular saña, al considerar:

...dañina su profesión por influencia sobre los indios y colonizadores, su afición a los pleitos, su pasión por la trácala y su

capacidad de engullir bienes y fortunas en procesos interminables.²

Se ponían trabas a la incorporación de los no católicos o de personas cuya catolicidad fuera discutible, incluyendo, desde luego, herejes o penitenciados por la Inquisición.

Si se trata de aproximarnos al perfil pleno del expedicionario lanzado a América, la historiadora y ensayista argentina Lucía Gálvez nos brinda una excelente semblanza:

La figura del conquistador español ha tenido tantos apologistas como detractores ¡Extraña psicología la suya! Vive acá, pero su mente está allá. Le interesan más los pleitos y las querellas con sus compatriotas que la realidad de los pueblos indígenas en que habita. Está mucho más pendiente de las cartas o cédulas que puedan llegar del otro lado del océano que de lo que sucede a diario. Aunque lo separen leguas y leguas de tierras y mar, sus pensamientos están más cerca de la corte que de la aldea en que vive. Después de muchos años, casados con españolas o criollas y con sus hijos mestizos o criollos crecidos en la tierra, parecen aclimatarse, pero siempre siguen pendientes de las escasas noticias que llegan de la metrópoli. Inculcan a sus hijos un respeto rayano en la idolatría por ese monarca al que muy pocos de ellos llegarán a conocer.³

Sumada a toda la epopeya marítima, subyace la estupefacción humana al confrontar con una nueva etnia. Desde ya, el español está preparado para la batalla y la conquista. Primero está el mandoble, luego el estandarte y recién después la curiosidad. Pero no desdeñemos esta última. El propio Colón encadena y traslada “ejemplares” ¿Hombres? ¿Monos sin pelos? ¿Eslabón perdido del moro oriental? ¿Cómo tratarlos? ¿Cómo combatirlos? ¿Cómo “pacificarlos”? ¿Cómo beneficiarse con ellos? ¿Dominarlos? ¿Escla-

²Baudot, George: *La vida cotidiana en la América Española en tiempos de Felipe II*.

³Gálvez, Lucía: *Las mil y una historias de América*, página 196.

vizarlos? ¿Convertirlos? ¿Extraerles sus riquezas? ¿Reconstruir el poder sobre sus propias bases? ¿Entenderlos? ¿Interpretarlos? ¿Exterminarlos? Todas estas preguntas orientaron distintos movimientos de la conquista y sus artífices.

LA MUJER CONQUISTADORA Y LA MUJER CONQUISTADA

Hasta aquí, al hablar de la conquista, nos hemos referido lógicamente a protagonistas varones. Pero... ¿Y las conquistadoras? ¿por qué decimos con tanta liviandad “lógicamente”? Partimos de una premisa, tal vez inconsciente: la exclusividad masculina en la tripulación ¿Acaso no hubo mujeres en la formación de estas expediciones? Sí que las hubo.

La tradición ibérica admitía una inserción importante de la compañera en la vida del esposo (notablemente mayor a la de la sajona, u oriental). De hecho, las damas peninsulares podían viajar a América sin necesidad de permisos especiales. Es sabido que la Corona alentaba la idea de que sus varones emigraran casados, a fin de mantener al hombre en sus cabales, fiel a las reglas del comportamiento civilizado.

Pero aquello no siempre era posible. La cantidad de mujeres europeas llegadas a América durante los primeros cincuenta años de la conquista no superaba el seis por ciento de la población embarcada. Dos décadas más tarde, sin embargo, se triplicó la participación femenina, alcanzando casi un veinte por ciento, en grupos que incluían casadas, viudas y solteras. El número, no obstante, pudo haber sido mucho mayor, considerando la superpoblación femenina existente en la Europa posmedieval como resultado de las multitudinarias guerras contra el invasor moro y la consecuente sangría de varones.

Gálvez pone de relieve a esa mujer pionera en la conquista y aporta pruebas poco reseñadas, como la propia correspondencia de época. Una carta de Isabel de Guevara, por ejemplo, quien llega a América con la expedición de don Pedro de Mendoza:

A esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador de ella, don Pedro de Mendoza, hemos venido ciertas mujeres, entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una. Y como la armada llegase al puerto de los Buenos Ayres con mil quinientos hombres y les faltase bastimento, fue tamaña el hambre que al cabo de tres meses murieron los mil. Esta hambre fue tal que ni la de Jerusalén se le puede igualar ni con otra ninguna se puede comparar. Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban en las pobres mujeres, así en lavarles la ropa como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, limpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas cuando a veces los indios les venían a dar guerra... dar alarma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados. Porque en ese tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres.

Mujeres indias, por el lado americano, nos sorprenden también con su inmenso protagonismo: la Marina o “Malinche” de Cortés, la Ananyasi de Balboa, la amada hija mestiza del loco Lope de Aguirre. La conquista, hay que decirlo, también fue sembrada y sangrada por mujeres.

En cuanto a la relación de las indias con los expedicionarios, su complicidad, una vez establecida (o “conquistada” por el blanco) estaba orientada al pequeño universo del hogar, de las relaciones personales, y no al de la comunidad en la que habían sido criadas. En consecuencia de lo cual, efectivamente, las indias integradas en el mundo de los españoles acababan traicionando, de ser

necesario, a sus propios parientes y compañeros de aldea o tribu si se trataba de proteger a esos mismos invasores que las habían capturado y tomado para sí, una vez que se sentían integradas como “esposas” a esos señores barbados que las habían embarazado, dándoles hijos mestizos.⁴

¿Y la vida sexual? ¿estaba excluida de la conquista? No, en absoluto. Luego de aquellas duras travesías, no solo el cansancio, la sed y el hambre se acumulaban en las tripulaciones, sino también el desasosiego propio del varón sin premio, sin caricias, sin el alivio femenino que solía faltar, especialmente en las primeras expediciones al Nuevo Mundo. El expedicionario en general carecía de contacto frecuente con el sexo opuesto y acababa necesitando como el agua.

El varón español no era buey de lamerse solo y las largas empresas demostraban que el hombre no batallaba bien si no saciaba su sed con compañía. En respuesta a tal demanda evidente, las flotas comenzaron a ser equipadas en consecuencia. Así, a bordo de aquellos contingentes, como bien destaca Herren en su *Conquista erótica* pronto se incorporaron las prostitutas –ubicuas protagonistas de la historia de la humanidad:

En agosto de 1526, dos reales cédulas, firmadas por el secretario del emperador y por tres piadosos obispos (los de Osma, Canarias, y Ciudad Rodrigo), autorizaron la instalación de sendos lenocinios en Santo Domingo y en San Juan de Puerto Rico con mujeres que, al menos parcialmente, eran blancas. Según Pérez de Barradas, en 1516, el secretario del rey, Lope de Conchillos, tenía en Santo Domingo diez o doce mozas desempeñándose como prostitutas. Hacia fines del siglo, en la rica Potosí había hasta 120 profesionales del amor pago, en buena parte europeas, para servicio de los señores que desdeñaban ayuntarse con indias o mestizas. Esclavas blancas, principalmente moriscas, fueron enviadas legalmente a partir de

⁴Herren, Ricardo: *La conquista erótica de las Indias* (ver bibliografía).

1512 a América para que casaran con los españoles que se negaban a mezclar racialmente su descendencia legítima.⁵

En cuanto a la propia nativa americana, también apaciguaría las masculinas fiebres ibéricas, según dan cuenta testimonios varios, entre los cuales destacamos el de un pintoresco personaje llamado Michele de Cuneo, –tripulante de Colón, original de una familia de comerciantes savonesa– que devino cronista y esto decía en sus *Relaciones*:

Nos apoderamos de doce mujeres bellísimas y de buenas carnes de edad entre quince y diecisiete años y de dos mozos de igual edad. Éstos tenían el miembro genital cortado a raíz del vientre y juzgamos que sería porque no se mezclaran con sus mujeres o, de otra manera, para engordarlos y comérselos más tarde. Los mozos habían sido apresados por los caníbales que hacen incursiones en la isla. Nosotros los enviamos a los reyes, a España, como una muestra de aquellos habitantes.

Más adelante, agrega Cúneo, completando una idea visceral de las relaciones carnales:

Como yo estaba en el batel, apresé a una canibal bellísima y el Señor Almirante me la regaló. Yo la tenía en mi camarote y, como según su costumbre estaba desnuda, me vinieron deseos de solazarme con ella. Cuando quise poner en ejecución mi deseo ella se opuso y me atacó en tal forma con las uñas que no hubiera querido haber empezado (...) Pero así las cosas, para contaros todo de una vez, tomé una sogá y la azoté de tal manera que lanzó gritos inauditos como no podríais creerlo. Finalmente nos pusimos tal forma de acuerdo que baste con deciros que realmente parecía entrenada en una escuela de ramerás.

⁵Herren, Ricardo: Op. Cit.



De este modo representó Teodoro Bry a la práctica del canibalismo. A los españoles este tipo de conducta no solo les resultaba curiosa, sino que también les infundía miedo.

Pero no todo serían abusos y sometimientos. Hubo múltiples formas de relación entre el español y la nativa, cada cual más extraña y variada.

Está el caso de Cortés, por ejemplo, que queda enamorado de su “Malinche” y esta se convierte en su compañera y con quien incluso tendrá un hijo, Martín Cortés. En la historia de México la imagen de Malinche se transformará en un símbolo del indio seducido y abandonado, dando lugar al término “malinchismo”, con el que se señala la entrega a lo que viene de fuera y la incapacidad para valorar lo propio.

Asimismo, consta el escalofriante episodio de Aguirre, que se adjudica el papel de verdugo de su propia hija mestiza, Elvira, para evitarle (según la relativa certeza que lo guiaba) una inminente violación a manos de sus captores.

Por el lado inverso de la trama, hay personajes como Jerónimo de Aguilar, clérigo de Écija, que habiendo sido apresado por los indios, da tan sobradas muestras de insobornable castidad, que los aborígenes lo destinan a cumplir funciones como cuidador de sus mujeres.

LAS PESTES Y SUS EFECTOS DE DESTRUCCIÓN MASIVA

La multitudinaria superioridad numérica indígena, cuya población era 100 veces mayor al momento de iniciarse la conquista nos lleva a preguntas insoslayables: ¿Cómo hicieron –en las primeras instancias expedicionarias– un par de cientos para someter a decenas de miles? Acero y pólvora fueron, qué duda cabe, catalizadores de la victoria blanca. Pero esta interpretación resulta insuficiente para explicar el predominio español.

La extraordinaria capacidad extensiva de las conquistas españolas y el éxito con que unos pocos centenares de hombres se aseguraron el control de enormes territorios y millones de personas, no serían del todo comprensibles sin el desequilibrante factor sanitario que se pondría en juego.

Previo a la llegada del europeo, la población americana superaba los cien millones de habitantes. De esa cifra, casi treinta millones correspondían a México y otro tanto a las civilizaciones andinas; hacia 1568, la población de México central, conquistada, apenas sumaba unos tres millones de indios.

En solo cinco décadas desaparecieron 27 millones de miembros de una cultura tan avanzada, nutrida y organizada como la azteca. ¿Cómo explicar semejante merma? ¿Cuánta pólvora y acero requería semejante exterminio? Sin duda, mucho más del que poseían, ya no los españoles, sino Europa entera. Esa, entonces, no

fue la variable fundamental de la reducción poblacional, ni del sometimiento del indio.

El principal elemento de la desintegración de la población amerindia es, según las estadísticas actuales, el de las enfermedades, en el nivel de una pandemia múltiple. En 1518 se presenta uno de los casos más dramáticos en tal sentido, cuando la viruela llega a la isla de La Española, y fulmina a la población india a tal punto que, según los números que manejaba Fray Bartolomé de Las Casas, solo sobrevivieron un millar de nativos.

Desde La Española, la viruela viajó a México, llegando con la expedición de rescate que se unió a Cortés en 1520. La peste “migrante” actuaba de manera selectiva. La mayoría de los españoles eran inmunes por haber padecido la enfermedad o por mayores defensas inmunológicas que aún se estudian.

La reducción de la población indígena, por otra parte, fue un factor clave, incluso cuando los propios colonos europeos preferían mantener vivos a la mayor cantidad de cautivos posibles (en tanto y en cuanto no escasearan los víveres) para explotar su fuerza de trabajo o traficar con ellos como esclavos.

Un caso similar al que mencionamos más arriba es el que tiene por protagonista al emblemático Pizarro en Perú. Paradójicamente, podría decirse que la peste le “preparó el terreno” al ambicioso extremeño: la misma epidemia de viruela que favoreció a las huestes de su colega Hernán Cortés, se expandió desde el territorio azteca, llegando hasta la actual zona de Guatemala, donde apareció en 1520, y se ramificó hacia el sur, azotando a la población Inca desde 1520 con mayor rudeza.

Para el incario, en todos sus aspectos, la viruela fue fatal. Desató un verdadero colapso. En palabras del historiador norteamericano William McNeill, gracias a esa disolución generada por la enfermedad: “Pizarro y su puñado de matones se abrieron

camino hasta Cusco y saquearon sus tesoros sin encontrar ninguna resistencia militar seria.”⁶

En la mirada de McNeill, además, españoles e indios coincidían en que la enfermedad epidémica era una forma especialmente terrible e inequívoca de castigo divino. La interpretación de la pestilencia como signo del desagrado de Dios formaba parte de la herencia española y estaba enraizada en el Antiguo Testamento y en toda la tradición cristiana. Los indios coincidían con ellos, al carecer de experiencia en algo que remotamente se pareciera a la serie inicial de epidemias letales. Sus doctrinas religiosas reconocían que había un poder sobrehumano depositado en divinidades cuya actitud hacia los hombres era a menudo de enojo: era lógico que asignaran un efecto sin precedentes a una causa sobrenatural. Por otro lado, también es cierto que los misioneros españoles se esforzaban por inculcar esa misma interpretación de la catástrofe a los pobres indios, frágil y confusamente conversos, tan débiles ya, como desmoralizados.

La idea manifiesta de la parcialidad divina a favor de los invasores resultó decisiva y convincente para ambas partes. Los dioses de los aztecas, al igual que el Dios de los cristianos, parecían coincidir en que los invasores blancos contaban con el favor divino en todo lo que hicieron. Y mientras Dios parecía favorecer así a los blancos, independientemente de su mortalidad, su piedad o la falta de ella, la ira divina caía sobre los indios con una crueldad implacable que a menudo intrigaba e incomodaba a los propios misioneros cristianos que pronto se hicieron cargo de la vida moral y religiosa de sus conversos a lo largo de las fronteras del dominio español en América.

La asombrada aceptación de la superioridad española parecía entonces la única respuesta posible, y por escasos que fueran los hombres blancos, todo les daba la victoria. ¿Aquellas estructuras

⁶McNeill, William *Plagas y pueblos* (ver bibliografía).

ancestrales de autoridad nativas se resquebrajaban a causa de un fenómeno sanitario?: “...los antiguos dioses parecían haber abdicado. La situación estaba madura para las conversiones en masa tan orgullosamente consignadas por los misioneros cristianos”.⁷

ARMAS Y PODERES DE LOS DIOS BLANCOS

Entre las explicaciones acerca de por qué Europa dominó tan rápidamente a América, sin duda está –además de los factores sanitarios, culturales, etc.– la cuestión estrictamente militar.

Para empezar a revisar las condiciones bélicas concretas que marcaron dicha dominación, conviene recordar que los españoles, como la mayoría de los europeos, eran más violentos que el promedio de los pueblos que conquistaron. En las poblaciones navales, todos, o casi todos manejaban armas y tenían experiencia en la guerra como un hecho cotidiano anterior a la conquista. Entonces, si bien la mayoría numérica de los indios con respecto a los españoles era descomunal, no resultaba tan desigual el porcentaje de “guerreros” en cada bando.

Asimismo, la permanente conflictividad con el moro obligaba al Estado ibérico a mantenerse afilado, en una constante superación tecnológica ofensiva y defensiva. El indio, en cambio, apenas reproducía rencillas fronterizas menores, siempre con las mismas armas artesanales.

Por parte del indio, quizás las flechas envenenadas hayan sido el único recurso con un efecto desconcertante similar al del metal y el fuego que blandían los hispanos. La fulminante toxina en las saetas sorprendió con creces al blanco invasor, que quedó inicialmente descolocado ante dicha “tecnología” química, cuyos efectos inmediatos impresionaban, incluso, con visos diabólicos.

⁷McNeill, William: Op. Cit.

Aunque la superstición no lo intimidó completamente.

A la larga, superó el espanto y lo compensó con otros vastos recursos.

¿Cuáles eran las principales armas distintivas que los conquistadores traían de Europa y determinaban superioridad?

La espada fue, en principio, el instrumento ofensivo por excelencia del caballero. Cuanto más importante este fuera, mejor templado estaría el acero de su mandoble. Dicha pieza –ancestral y eficaz durante varios siglos– tuvo un papel vital en la conquista. Sin embargo, las ballestas –menos gallardas y heroicas– resultaron más determinantes a la hora de diezmar al aborigen enemigo.

Muy bien desarrollada a comienzos del siglo XVI, la ballesta se venía perfeccionando desde la Baja Edad Media, y sus versiones mejoradas permitían excelente aniquilación a distancia. Esto daba una ventaja clave ya que muchos pueblos indígenas, especialmente los del norte, no manejaban el arco y la flecha (contra la idea errónea que relaciona a cualquier aborigen con una cimbra tensada) y su única posibilidad de combatir a distancia era la lanza, arrojada con la mera fuerza del brazo, sin demasiado alcance.

Entre las de puño, la ballesta fue, además, el arma del soldado común, a diferencia del mosquete. Cabe aquí otra salvedad contra cierta creencia popular: los españoles no llegaron a América cargados de pólvora y pistolones. Las armas de fuego manuales estaban muy estratégicamente asignadas, pues todavía eran un elemento costoso y complejo de mantener; la pólvora se humedecía y muchas veces fallaba el disparo.

Para tener una idea más clara del uso de arcabuz, mosquetes, y mosquetones hay que imaginar que los mismos se empleaban con usos específicos y definidos, cual cañones. Digamos que no existía lo que unos siglos más tarde se definiría militarmente como “tiro a discreción”: instancia en la cual los soldados disparan todos

a la vez, al bulto, apostando al poder de fuego por cantidad, más que por calidad, facilitados por la posibilidad de rápida carga y descarga.

El arcabuz era más pesado y primitivo que el mosquete; el cual acabaría reemplazándolo. A tal punto era poco versátil esta versión básica del arma de fuego manual, que los primeros arcabuces requerían un soporte para poder ser disparados. Más tarde se les aplicaron ciertas mejoras; culatas más largas y una curva que permitía detonarlo apoyándolo en el hombro. Hacia finales del siglo XVI, el arcabuz, en Europa, fue definitivamente sustituido por el mosquete.

Entre las huestes conquistadoras también cumplían un papel importante armas defensivas, como las “adargas” que eran escudos generalmente de cuero y madera que usaba el soldado común. O las rodelas; otro tipo de escudo más pequeño que la adarga, redondo, para aferrarse al brazo izquierdo, compañero por excelencia en la lucha con espada.

En el rubro de la defensa, también se inscriben clásicamente casco y coraza de hierro, tan frecuentemente reproducidos en las ilustraciones habituales. Los portaban casi todos los miembros de la tropa y su calidad y resistencia era proporcional al rango del guerrero en cuestión.

Aquel par de elementos que suele describirse en conjunto como “armadura” (eventualmente se complementaba con protecciones en las piernas, hombros y antebrazos) tuvo una incidencia inicial importante contra flechas y lanzas.

Sin embargo, la depurada tecnología textil de las civilizaciones andinas, que admitía tejidos de hasta 500 hilos por pulgada estructurados en capas sucesivas, permitía desarrollar excelentes armaduras de tejido acolchado, las cuales finalmente fueron adaptadas por los españoles, quienes las encontraron más prácticas, versátiles y cómodas respecto de la antigua chatarra sofocante,



La lucha abierta entre aborígenes y españoles era terriblemente desigual, pero a pesar de las diferencias tecnológicas los nativos representaron un poderoso contrincante para los europeos.

disfuncional en los pantanos, bosques, ríos y montañas del Nuevo Mundo.

En suma, arcabuces y otras armas ígneas, si bien causaban impresión, eran pocas, y muy lentas de recargar. Superado el pánico reverencial que pudieran sentir los indios ante la estampida, la batalla se definía cuerpo a cuerpo. Las ballestas primero, las espadas, cuchillos y armaduras después, demostraron mayor efectividad que la pólvora, en lo que hace a armas de mano. Pero claro, todavía no nos hemos referido a la artillería con mayúsculas.

Si hablamos de armas no podemos olvidarnos de los reyes de la época: los cañones. Eran las estrellas del combate y proliferaban en distintas formas, tamaños y modelos. Todos ellos pertenecían a lo que se ha dado en llamar “período de las bombardas”, correspondiente a la primera generación de artillería marítima con que

contaba España y que aplicaría tanto en sus guerras europeas como en la conquista.

Sorprende la diversidad de artillería “pesada” que llevaban los españoles, especialmente considerando que aun piezas del mismo nombre y calibre podían no ser iguales, ya que las características de cada una de ellas dependían del capricho de su constructor. El abastecimiento de esta artillería era complejo y por tanto, expuesto a verse interrumpido en plena acción.

Para ubicarnos en un punto específico y nombrar algunos modelos (que no viene al caso describir, pues llevaría un volumen aparte hacerlo) repasaremos dos períodos al respecto. Entre los reinados de Carlos I y Felipe II, se establecieron cinco clases de cañones y “medios cañones” a saber: culebrinas y medias culebrinas; sacres y medios sacres, y falconetes. En estos grupos se contemplaban piezas que iban desde las siete hasta las cuarenta libras.

Pero no solo de objetos se componía el arsenal de recursos españoles. Hubo un factor clave que aterrorizó a los aborígenes incluso más que la pólvora: los animales europeos. En particular, dos tipos de mamíferos desconocidos para el aborígen cumplieron un rol clave en la invasión.

Los “Viracocha” –esas deidades que los incas deseosos de creer habían proyectado inicialmente en el hombre blanco– llegaban al Nuevo Mundo con anatomías dobles y “desmontables” La mitad de arriba, cubierta de barbas y corazas desconcertantes. La de abajo, en cuatro patas vigorosas que daban altura y velocidad: los caballos son, se diría, los genuinos conquistadores de América.

Para completar el deslumbrante cuadro, aquellos equinos (valga la paradoja, de origen asiático) iban frecuentemente “aderezados” con borlas y cascabeles, lo cual los hacía doblemente aterradores. La agilidad estratégica (carga, desplazamiento, etc.) que dio el caballo hispano fue, en suma, absoluta, y su presencia,

un elemento indisociable de la conquista. Difícil resulta imaginar cómo hubiese sido la historia americana sin esta participación.

Aludimos más arriba a “dos tipos de mamíferos”. En efecto, si de “armas vivas” se trata, la cuestión no termina en el caballo. ¿Y a qué otro cuadrúpedo podemos referirnos sino al “mejor amigo del hombre” (del hombre español, en este caso)? Los inefables perros, siempre más hambrientos que el soldado, también hicieron su aporte: en varias oportunidades fueron usados para rastrear y atacar indios dentro de la selva y los bosques. ¿Hace falta decir cuál era el premio de un buen lebrél rastreador?

Pedrarías, Mendoza, y Vasco Núñez de Balboa mantenían alimentados a sus mastines, cebándolos con carne humana y ejerciendo esta actividad casi como un deporte paralelo a la guerra. Los canes se embarcaban ya entrenados en la caza humana desde Europa, donde se los usaba para perseguir fugitivos de la Justicia. Se ignora cuáles eran las razas específicas de entonces, pero viajaban los mismos perros que los señores feudales solían incorporar a las cacerías en sus dominios y en este sentido, la situación era muy similar.

Finalmente, trascendiendo cuestiones estrictamente militares, pero inherentes a lo mismo, dice Arciniegas con acierto:

La fórmula de defensa es el milagro. Y cuanto más absurdo, más lindo es el milagro. Acaso el absurdo, como convicción de superioridad indiscutible, en materia de fe y de certezas, a pesar de la formidable inferioridad numérica, haya tenido mucho que ver en la victoria española.

Frente a la diferencia poblacional que tanto hemos aludido, un recurso estratégico interesante que incorporaron los conquistadores fue la costumbre de “alardear” o magnificar el aspecto numérico de la tropa. El engaño consistía en engrosar la formación con indios disfrazados de hispanos que se entremezclaban planificadamente con la hueste blanca.

Los “alardes” lo eran a la fuerza (prisioneros de otras batallas) y en tal caso, silenciados y hasta amarrados de manos, o bien podía tratarse de guerreros de tribus aliadas, que preferían combatir camuflados para huir sin ser reconocidos y evitar represalias posteriores, en caso de derrota.

LAS “EMPRESAS” DE CONQUISTA

La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco.

Hernán Cortés

En la síntesis castellana, el adelantado era un guerrero avalado por un monje que debía respetar, en teoría, ciertos principios piadosos respecto del indio. Más allá de su cumplimiento efectivo, había un reglamento escrito en defensa de la naturaleza humana del indio, lo cual representa una originalidad en la práctica conquistadora: otra diferencia frente a los sajones, quienes no contaban con ley alguna que regulara la matanza o la esclavitud; la aplicaban como una medida técnica en el marco de los beneficios comerciales que les reportara.

Sería ingenuo, no obstante, negar que la causa esencial –el móvil– de la conquista de América es material por excelencia. No resulta azaroso, pues, en este análisis el uso del término “empresa” con su doble acepción, en cuanto “tarea” o “misión” y a la vez “sociedad comercial”. ¿Cómo se organizaron, entonces, estas empresas militares, religiosas, pero fundamentalmente comerciales?

La mayoría de las expediciones que se consignan históricamente en el marco de la conquista de América, fueron realizadas a partir de la iniciativa privada. Es decir, mediante contratos (capitulaciones)

establecidos entre el rey –o sus representantes– y un particular. En dicho convenio, el inversor quedaba autorizado por el monarca a conquistar, con los blasones de la Corona y bajo un conjunto de condiciones, un territorio concreto en un plazo determinado.

Cada operación implicaba su organización previa seleccionando un contingente de hombres con distintas especialidades, al frente del cual se asignaba un jefe (capitán), quien recibía del rey diversos títulos posibles en función de la dimensión de la empresa: gobernador, adelantado o capitán.

El rey, por su parte, prometía la exención de tributo, la donación de tierras y solares en las futuras poblaciones, y la promulgación de derechos y libertades al modo de los existentes en Castilla. Su majestad solo estaba obligado a conceder estas mercedes en caso de que la expedición de conquista terminase exitosamente, es decir, a posteriori. Aunque pudiera parecer que la Corona quedaba relegada y apenas intervenía en la conquista, en la práctica se reservaba para sí importantes herramientas de intervención.

La “capitulación de conquista” determinaba claramente que los territorios conquistados pertenecerían a la Corona, no al inversor. Por otro lado, las concesiones, siempre flexibles, permitirían a la Corona orientar y organizar la ocupación de territorios en función de sus intereses estratégicos como Estado. Aquí, la figura del “veedor” –funcionario real, que velaría por el cumplimiento de las consignas y la asignación al rey de su parte del botín– constituía una inserción clave en el manejo de la expedición y sus posteriores informes.

Lo cierto es, pese a todo, que una vez avanzada la flota en altamar, a miles de kilómetros de distancia, era el jefe a cargo de la misión (capitán, adelantado, o eventualmente gobernador) quien conservaba realmente un poder, por otra parte, casi ilimitado. Razón por la cual dependía de su propia personalidad y carisma como elementos sustanciales en su éxito.

Al cabo de las primeras misiones exitosas algunas empresas de la conquista empezarían a realizarse “a crédito” y los protagonistas se endeudarían bajo documentación que los comprometía a pagar con la riqueza que calculaban apropiarse en metales preciosos, esclavos o especias.

“La empresa conquistadora” se constituía con un capital privado y un capital estatal. El capital privado lo aportaba un grupo dentro del cual se incluían generalmente el capitán conquistador, encomenderos, clérigos y mercaderes. Navíos, armas, implementos de combate, etc, requerían dinero contante y sonante, o en su defecto oro macizo. Metal que, desde luego, los inversores confiaban en multiplicar, a veces considerando incluso que lo traerían tanto o más puro y brillante, en cantidad y calidad desde las entrañas de la propia América virgen.

Entender la clave de este sistema implica advertir un detalle central: el capital estatal respaldado por la autorización real para entrar en sus dominios (que se materializaba monetariamente en el pago del quinto del botín, conocido como “quinto real”) era, “en realidad” (valga el juego de palabras) un capital relativo. Para el rey, la prioridad era incrementar tierras conquistadas y fortalecer su poderío frente a las restantes Coronas europeas; este posicionamiento le reeditaría, a la larga, mayores ganancias concretas que “el quinto”.

Finalmente, existía también un capital menor, pero no desdeñable: el que ponían, a veces, los propios soldados enrolados, aportando eventualmente su equipo y provisiones. Por su trabajo a bordo y en combate, estos aventureros percibían una parte del botín proporcional a lo que habían arriesgado.

El fino y complejo entretejido político, financiero y humano que implicaba lanzar a la mar una empresa tan ambiciosa como la de la conquista, presentaba, como contraposición, un no menos intrincado juego de relaciones, poderes y astucias a la hora del reparto.



De Civitate Orbis terrarum es el nombre de esta obra en la que George Braum representó el momento en el que se procedía a la contratación de los hombres que integrarían las tripulaciones de las naves que partían con destino al Nuevo Mundo.

Otra vez, acudiendo a la comparación: si los piratas recurrían a formas espontáneas y establecidas de distribuir su botín (nómadicas por excelencia, tenían establecida una modalidad fija al respecto para poder seguir la marcha y cerrar rápidamente estos asuntos), los conquistadores eran más caóticos en esta materia.

La razón es que en las huestes hispánicas convive un calidoscopio de intereses móviles, que se van reacomodando a medida que se desarrolla la expedición. La intemporalidad genera esa suerte de acefalía parcial latente. Y la política, de menor a mayor, de mayor a menor, dilata los reglamentos ideales, acomodándolos a las circunstancias fácticas.

A su vez, el botín es parte de aquellas dilaciones que, pese a todo, también funciona como el combustible inmediato por el cual avanza la maquinaria de la empresa. Se trate de alimento, metales

preciosos, joyas, mujeres, esclavos (las encomiendas, en la práctica, eran una figura eufemística de la esclavitud); toda presa es un elemento de definiciones, de energía, de fuerza.

La Corona, a pesar de la declamación documental, aprovechaba este factor móvil y hasta lo estimulaba solapadamente.

Distinto era el caso del humilde aventurero que si ingenuamente se sentía “socio” en un principio, acababa recibiendo migajas. La “parte del león” solía quedar en manos de unos pocos, muy hábiles, y no necesariamente más sacrificados o valientes. Pero en esto no difiere la historia conquistadora de la de la humanidad entera.

Se añadían a la travesía expedicionaria otros incentivos potenciales. Los rescates de personajes principales entre la población aborígen eran una tajada que también despertaba interés en los conquistadores.

El recurso del secuestro extorsivo se implementó en América a partir de la conquista de México. Consistía, como en cualquier secuestro, en exigir una gran suma al jefe indígena apresado, a cambio de la supuesta libertad (que rara vez se concedía). En este sentido, la memoria popular encontrará un paradigma en el caso de Moctezuma o Atahualpa a manos de Cortés y Pizarro respectivamente, pero la lista es extensa.

Otro recurso sumamente rentable eran las encomiendas, que se llegaron a administrar y coordinar como una verdadera fuente de ingresos constante y fluida hacia las arcas del conquistador.

El capitán de las huestes invasoras, devenido gobernador por obra y gracia de una conquista exitosa, adquiriría un poder fenomenal sobre las vidas de los indios, a partir de lo cual obsequiaba a sus antiguos compañeros con “encomiendas” de indios a su entera disposición; es decir, trabajadores gratuitos para todo servicio (labrar la tierra, cuidados personales, etc.). Este beneficio era moneda de cambio; se otorgaba en devolución de favores, para

asegurarse fidelidades específicas o como premio por el coraje demostrado en combate.

Así, según analizamos hasta aquí, todo factor aislado resulta parcial para explicar la conquista. Este es el resultado de una conjunción orgánica, de variables entrelazadas entre las cuales operan, fundamentalmente, los hombres. A algunos de ellos en particular nos dedicaremos a continuación.